

# Entrevista a Luis García Montero

*Concha González-Badía*

*Concha González-Badía: Su defensa de la necesidad de un retorno a la modernidad resulta un poco paradójica ahora que todo recibe la denominación de postmoderno.*

L. G. Montero: La modernidad surgió con el humanismo como una reivindicación de la autoridad del ser humano sobre la historia y sobre su propia realidad. A raíz del fracaso que sufrió a lo largo del XVIII, el concepto recibió una reelaboración que le dio un tinte negativo, porque estuvo caracterizado por la renuncia hacia la sociedad y la desconfianza en los artificios del lenguaje, connotaciones que imperaron en la poesía a partir del siglo XIX y a lo largo del XX. Yo estoy de acuerdo con el diagnóstico del descalabro de la modernidad, pero, frente a la negación, apuesto por la madurez de una reflexión ideológica vinculada con la realidad. En ese sentido me parece mucho más combativo y útil el intento de recuperar la antigua concepción del concepto de modernidad, una concepción positiva basada en la capacidad del ser humano para sentirse responsable de su propia historia desde una razón menos dogmática y más abierta al diálogo y accesible a las diferencias. Creo que lo que verdaderamente reivindico es una modernidad postmoderna.

*C. G.-B.: ¿Cuál es el papel de la poesía en esto?*

L. G. M.: Opino que la poesía es un medio de indagación en los fundamentos sentimentales e intelectuales de la vida. En relación con la recuperación de la modernidad, la poesía debe acometer una rectificación del lenguaje para que llegue a ser considerado como un ámbito de diálogo; pero asimismo, dentro de una época de homologaciones bárbaras, debe reclamar la existencia de una individualidad vinculada, plural y necesitada de conocerse a sí misma como un espacio histórico. Esto encierra también una llamada de atención sobre la responsabilidad que tenemos como ciudadanos y escritores para llevar al lenguaje hacia su capacidad y no hacia sus fracasos.

C. G.-B.: *Esto parece implicar activamente a la poesía en la realidad.*

L. G. M.: La poesía es una mirada moral sobre el mundo, porque se asienta sobre un ejercicio de interpretación de la realidad en el que uno también aprende a conocerse a sí mismo, por eso considero absurdo el intento de separar conocimiento y comunicación. El proceso de indagación de la poesía está tanto en la capacidad de desplegar una mirada personal como en la necesidad de darle objetividad a través de la escritura.

C. G.-B.: *En su opinión ¿hay una frontera precisa entre poesía y vida?*

L. G. M.: Yo creo en la poesía como un género de ficción, porque hay una toma de conciencia sobre la diferencia que hay entre la vida y el arte. Un poeta no tiene por qué levantar acta de la realidad (para eso ya están los notarios y los historiadores), sino más bien ha de convertir una anécdota biográfica en experiencia estética a través del proceso de objetivización que es la escritura, formalización que propicia el diálogo tanto con uno mismo como con el lector.

C. G.-B.: *La figura del lector es una constante en su obra.*

L. G. M.: El paralelismo entre autor y lector es fundamental: uno empieza a escribir porque ha sido un lector apasionado. Por otra parte, uno escribe pensando en sí mismo al inventarse un lector ideal que le dice qué debe escribir o cómo debe escribirlo, y eso es algo implícito a la literatura. Al imaginarse un lector ideal capaz de comprender su obra, el autor une la figura del lector con la de sí mismo a través de su propio conocimiento. Tal es el caso de los poemas que autores como Francisco Brines o Luis Cernuda, entre otros, escribieron a un lector ideal, versos que, en realidad, se dedicaron a sí mismos.

C. G.-B.: *Ya del plano de la lectura ¿cómo es su relación con la tradición?*

L. G. M.: Como lector incansable, opino que el carácter de la relación con la tradición literaria es dialogístico. Decía Borges, en su famosa «Arte poética» de *El Hacedor*, que el arte es como un espejo en el que uno persigue su propia cara. No creo que la tradición sea una escuela de imposiciones, sino de libertad, porque lo que enseña son los recursos y la experiencia que tienen los poetas sobre un tema determinado, y a partir de ahí uno es muy libre para buscar su propio mundo.

C. G.-B.: *Dentro de esta línea ¿qué papel ha tenido la tradición en su obra?*

L. G. M.: Soy profesor de literatura y la experiencia académica me ha dado una amplia perspectiva sobre la Historia de la Literatura, lo que significa que he aprendido a disfrutar como lector de autores muy diversos, como Garcilaso, Jorge Manrique, Gonzalo de Berceo, Quevedo, Espronceda, Apollinaire, Baudelaire y de poetas recientes. Pienso que la literatura es un fluido en el que unos momentos históricos dialogan con otros y en el que la tradición es reinventada y reescrita constantemente. Lo que ocurre es que cuando uno indaga como autor en la tradición para encontrar su propio camino, tiene que reinventarla, reescribirla, y yo he buscado mi propio mundo dentro de una tradición muy definida dentro de lo poético: por una parte, la poesía que intenta no inventar un lenguaje al margen de la realidad, sino utilizar rigurosamente el lenguaje de un momento concreto para darle un tratamiento personal; y por otro lado, aquélla que puso en duda el sujeto sacralizado moderno mediante la ironía y el materialismo para hacer un ejercicio de conciencia sobre el lugar que se ocupa al escribir.

C. G.-B.: *¿Cuáles diría entonces que son las lecturas que más le han influido?*

L. G. M.: Dentro de la poesía que ha intentado distanciarse del sujeto sacralizador, Espronceda y Leopardi son casos fundamentales. También Antonio Machado, porque desarrolló el más profundo ejercicio intelectual de su época al poner en tela de juicio el sujeto simbolista con el fin de comprender sus sentimientos como producto de una época histórica determinada y también como un espacio de diálogo cordial con la realidad.

De igual modo, me siento muy cercano a la tradición del Cernuda de *Las Nubes* y al de los años 30, me interesa el Rafael Alberti de *Retornos de lo vivo lejano* o *De un momento a otro*, y una parte fundamental de la poesía de la postguerra, la que supo combinar el compromiso político y ético con una indagación literaria de la propia intimidad, y el despliegue de ciertas formas retórico-poéticas del lenguaje más cercano a la realidad: Blas de Otero, Celaya, José Hierro, Eugenio de Nora, el Carlos Barral de *Diecinueve figuras de mi historia civil*, Francisco Brines, el José Agustín Goytisolo de *Salmos al viento*, Jaime Gil de Biedma, el Ángel González de *Sin esperanza, con convencimiento* o de *Tratado de urbanismo* y el Caballero Bonald de *Pliegos de Cordel*. Estos autores, entre otros muchos, son los que me han enseñado a buscar mi mundo personal, ese espejo donde encontrar mi propio rostro.

C. G.-B.: *Eso dentro de la poesía, ¿y dentro de la narrativa?*

L. G. M.: Yo soy un lector ávido también de novelas, y la formación de mi mirada y de mi carácter literario tiene mucho que ver con la lectura de Cervantes, Dickens, Galdós, Juan Marsé, Juan García Hortelano y de los autores de mi propia generación, como Antonio Muñoz Molina o Justo Navarro. Mi mirada y mis inquietudes se han formado tanto en la lectura de la poesía como en la de la narrativa.

C. G.-B.: *¿Es ésa la razón de que sus poemas tengan un marcado carácter narrativo?*

L. G. M.: Sí, porque en la búsqueda de una poesía que interpretara la realidad e indagara en las relaciones que existen entre la intimidad y la historia, tuve que acercarme a una tradición literaria que utiliza lo narrativo. Cuando me reúno con mi amigo el poeta Joan Margarit hablamos de nuestros poemas como si fueran novelas, porque en ellos ocurren cosas protagonizadas por los personajes a través de la narración de una historia donde los símbolos y las metáforas tienen que alcanzar un poder intenso de significación, como puntos de condensación de una realidad o anécdotas que se intensifican para que la experiencia subjetiva pase a tener un valor objetivo y universal sobre la condición humana. Como advirtió Francisco Rico en uno de sus artículos sobre la poesía española de la postmodernidad, el acercamiento entre poesía y prosa es una realidad, yo creo que eso es necesario y beneficioso para ambos géneros.

C. G.-B.: *Dentro de la prosa, usted ha cultivado la faceta narrativa en una novela escrita con Felipe Benítez Reyes y en las columnas semanales de El País Andalucía.*

L. G. M.: La novela escrita con Benítez Reyes fue un divertimento literario de los que sólo se puede hacer con alguien muy amigo como es Felipe, a quien admiro mucho también como escritor, pero no creo que vuelva a darse, porque mi experiencia y mis conocimientos se centran en la ficción poética y no en la narrativa. En cuanto a las columnas de *El País*, éstas intentan ser columnas literarias por la perspectiva que tomo, porque mi mirada no es la de un periodista, sino la del *flâneur* de Baudelaire, la de un paseante que se sorprende ante la realidad. Creo que cualquier escritor que quiera colaborar en un periódico tiene ideológicamente la responsabilidad de escribir en la perplejidad para contraponer la mirada personal y los intereses personales a la mentira de la información objetiva.